

TALLER DE FORMACIÓN POLÍTICA

# VISIÓN MARXISTA DE LA SOCIEDAD

MODULO III: LAS ÉPOCAS  
REVOLUCIONARIAS



*Súmate  
al Nuevo Perú*

**NUEVO  
PERÚ**

## Las épocas revolucionarias

\* Moreno, Nahuel: *Revoluciones del siglo veinte* (p. 23 a 27).

¿Cuándo se producen las revoluciones sociales? ¿Por qué se dan esos cambios bruscos, abruptos y violentos, generalmente sangrientos, en las clases sociales y el estado?

Como ya hemos visto, la ley fundamental que mueve a la especie humana es el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, el avance de la capacidad humana para explotar más y mejor a la naturaleza, a través de las herramientas y la tecnología, mejorando en forma sostenida las condiciones de vida de la humanidad. En ese avance, también se van produciendo revoluciones, basadas en el descubrimiento o la invención de herramientas y técnicas que permiten una explotación más fácil de las materias primas que brinda la naturaleza, e incluso que recursos naturales que no eran materia prima para la producción se conviertan en tales. Por ejemplo, el uranio, antes de los descubrimientos de la física y la tecnología nuclear no servía para producir nada.

Cuando este desarrollo de las fuerzas productivas llega a un punto determinado, choca con la estructura social existente (es decir, con las clases en que está dividida la sociedad en ese momento y las relaciones que tienen entre ellas) y también con la superestructura de esa sociedad, con el estado que se encarga de mantener intacta la estructura de clases, sin afectar el dominio de la clase explotadora y la opresión de la clase explotada. Un buen ejemplo es el desarrollo de la producción capitalista en las ciudades independientes de la sociedad feudal. Mientras la producción era limitada, la estructura social feudal no impedía el desarrollo de la producción capitalista. Pero con el avance de la manufactura, que permitió producir en una escala relativamente amplia, la estructura feudal se convirtió en una traba para que se siguiera desarrollando la producción. Esas pequeñas unidades que consumían poco, en las que el señor feudal establecía una aduana para cobrar impuestos a quien fuera a vender a su feudo, chocó violentamente con esa fuerza productiva. Por eso, la unidad nacional (una nación sin aduanas internas, un gran mercado libre de trabas) fue uno de los grandes objetivos del capitalismo. Para lograrlo, debía destruir a la clase feudal. Y para ello, tuvo que destruir al estado feudal, fundamentalmente a los ejércitos feudales, que defendían con las armas a esa clase.

También debió destruir a la vieja clase oprimida, los siervos. La producción capitalista necesita trabajadores libres, que produzcan por un salario y se desplacen a donde los capitalistas los necesiten: si hoy ganan mucha plata haciendo sombreros, necesitan obreros para hacer sombreros, pero si mañana ganan más plata haciendo carros, necesitan que los obreros se desplacen a las

fábricas de carros. Un siervo, atado a la tierra, que no puede salir de ella, no les sirve para su producción, ni tampoco como comprador de ella, es decir, para ampliar cualitativamente el mercado. De allí que otro gran objetivo de la burguesía haya sido la abolición de la servidumbre. Pero para eso debía liquidar a los señores feudales y al estado que los defendía.

Es decir, para poder avanzar en la producción capitalista, que significaba un tremendo salto revolucionario en el desarrollo de las fuerzas productivas en relación con la producción feudal, la nueva clase progresiva (la burguesía), debía destruir las clases y relaciones fundamentales del feudalismo e imponer como base de la sociedad a las nuevas clases, la burguesía y el proletariado, con sus nuevas relaciones. Si eso no se hubiera logrado, las fuerzas productivas de la humanidad se habrían detenido, estancado, porque nunca se habría llegado a la gran industria sin un gran mercado nacional y una enorme masa de trabajadores libres que pudieran ser su mano de obra.

Cuando se produce este choque entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la vieja estructura social, se abre para la humanidad una **época revolucionaria**, es decir, de grandes convulsiones. Las nuevas clases progresivas luchan contra la vieja clase explotadora, que ya no sirve para nada y frena todo desarrollo. En la historia, no siempre se dan esas épocas revolucionarias. Hubo sociedades, como el mundo antiguo o esclavista, que frenaron el desarrollo de las fuerzas productivas, pero no fueron revolucionadas por clases más avanzadas. En esos casos, el viejo sistema social decae, degenera, y toda la sociedad retrocede.

Entre cada gran época revolucionaria hay otras que no lo son. Mientras la estructura de clases y su superestructura estatal permiten el desarrollo de las fuerzas productivas - aunque siga habiendo contradicciones-, la sociedad vive una época no revolucionaria, de equilibrio reformista.

Bajo el sistema capitalista, por ejemplo, se produjeron tremendos saltos o revoluciones en las fuerzas productivas. Se pasó de la energía hidráulica para mover las máquinas, o del viento para mover los buques, o de los caballos para mover los carros, al vapor, a la energía eléctrica, al motor a explosión. Pero estos avances en las fuerzas productivas no chocaban contra la estructura social y el estado capitalista. Por el contrario, el capitalismo los incorporaba instantáneamente y los llevaba a su máximo desarrollo y aplicación. Era una época de auge de la sociedad capitalista, de armonía entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la estructura social y su estado.

Cuando se entra en una época revolucionaria, el cambio comienza, como ley general, por la superestructura, por el estado. La nueva clase progresiva lucha para destruir el aparato de poder y de gobierno de la vieja clase, que ya es regresiva. Si no le quita el poder, no puede cambiar hasta

el final y totalmente la estructura social anterior. Si la burguesía no destruía primero los ejércitos feudales y todo el estado feudal, no podía imponer la unidad (el mercado) nacional, ni liberar a los siervos para que le sirvieran de obreros.

Sólo después de destruir el estado feudal, tomar el poder y construir su propio estado, con su ejército, sus instituciones de gobierno y sus leyes, la burguesía pudo liberar a los siervos, abolir las aduanas internas, eliminar la propiedad terrateniente feudal y convertirla en propiedad terrateniente capitalista, etcétera. Es decir, sólo después de conquistar la superestructura, el estado, la burguesía pudo llevar hasta el final su objetivo de convertir a toda la sociedad en una sociedad capitalista.

## **Las grandes épocas revolucionarias**

Desde las primeras revoluciones modernas, que nacen en la lucha del capitalismo contra el feudalismo, podemos distinguir tres grandes épocas:

**1. La época de la revolución burguesa.** Durante aproximadamente 200 años, la burguesía luchó contra el feudalismo, que ya se había convertido en una traba absoluta para el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta época, con un jalón fundamental en la revolución de Cromwell en Inglaterra, culminó con las grandes revoluciones norteamericana y francesa de fines del siglo dieciocho.

**2. La época de auge del capitalismo.** Se entró en una época no revolucionaria, en la que la estructura social capitalista y su estado no frenaban sino desarrollaban aceleradamente las fuerzas productivas, enriqueciendo a toda la sociedad.

A partir de 1880 se produjo el salto más fantástico (hasta entonces) de las fuerzas productivas. El desarrollo de la producción era colosal. En los países capitalistas avanzados hubo una inmensa acumulación de capitales.

Esta época de auge preparó la decadencia del sistema capitalista. Como producto de esa tremenda acumulación de capitales surgieron los monopolios y el imperialismo. Ramas enteras de la producción industrial se concentraron en muy pocos propietarios, que empezaron a desplazar a la burguesía clásica, con sus centenares de empresas por rama que competían libremente entre ellas. Pasó a ser dominante el capital financiero -que es la fusión del capital bancario con el industrial-. Las fronteras nacionales les quedaron estrechas a esos enormes monopolios, que se lanzaron a exportar sus capitales a los países atrasados. El imperialismo, o capitalismo en decadencia, es precisamente eso: el dominio del capital financiero y monopolista, que invade todo el planeta.

**3. La época de la revolución obrera socialista.** Comienza con la primera guerra mundial (1914-1918). Ese cataclismo, en el que murieron millones de hombres y fueron destruidas enormes masas de fuerzas productivas,

fue la manifestación tajante de que el capitalismo había empezado a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas.

La aparición de los monopolios ya había demostrado, de manera totalmente deformada, que la propiedad privada capitalista no funcionaba más. Las fuerzas productivas no podían seguir creciendo debido al caos que provocaban centenares o miles de burgueses compitiendo entre ellos en una misma rama de la producción. Para avanzar había que introducir algo de planificación, por lo menos por rama productiva. La exportación de capitales, por su parte, demostraba que las fronteras nacionales también asfixiaban a las fuerzas productivas, que ya no avanzaban limitadas a su nación de origen y necesitaban desarrollarse abarcando todo el planeta.

La guerra de 1914-18 fue una guerra de rapiña entre los monopolios imperialistas, para controlar el mercado mundial. Fue la demostración más clara de que la humanidad no podía avanzar más, no podía desarrollar más sus fuerzas productivas, si no rompía el chaleco de fuerza de la propiedad privada y de las fronteras nacionales e instauraba una economía mundial planificada. Pero la burguesía no puede hacerlo porque significaría destruirse a sí misma, terminando con lo que la caracteriza como clase social: ser propietaria de los bienes de producción y basarse en la existencia de naciones con fronteras y estados bien definidos.

Esta época es la de la revolución obrera socialista, porque la guerra (que se convertirá en un fenómeno permanente) y la miseria de las masas (provocada por el freno al desarrollo de las fuerzas productivas), hacen entrar en acción revolucionaria a la nueva clase progresiva, la clase obrera, que lleva a cabo su primera revolución, en Rusia, en 1917. Se pone en acción la clase social que puede cumplir con las dos grandes tareas imprescindibles para que las fuerzas productivas sigan avanzando: terminar con la propiedad privada y con las fronteras nacionales, para instaurar una economía mundial planificada. Esto es así porque la clase obrera es internacional, es igual en todos los países, y no puede transformarse en una nueva clase propietaria que explote a otras, por una sencilla razón: junto con los demás sectores explotados es la amplia mayoría de la sociedad. En ambos aspectos es totalmente diferente a las clases que cumplieron antes un rol revolucionario. La burguesía, por ejemplo, fue una clase minoritaria y explotadora desde que nació. La revolución obrera socialista es, por primera vez en la historia, la revolución de la mayoría de la población, dirigida por una clase internacional, contra la explotación capitalista y contra toda explotación. Precisamente por eso puede lograr la economía mundial planificada.

Podemos decir que después de la revolución francesa empezó a ser dominante, a nivel mundial, el estado capitalista (ya no la producción capitalista, que predominaba desde hacía 300 años).

A partir de la revolución rusa de 1917, y hasta el presente, estamos, pues, en la época de la revolución socialista, obrera e internacional contra el sistema social y el estado capitalista.

## Las fuerzas productivas

\* **Moreno, Nahuel** [1973]:, *El partido y la Revolución*, Antídoto, Buenos Aires 1989 (pág. 396-7)

[...] dijimos que era necesaria una premisa a partir de la cual desarrollar todo este revisionismo de las concepciones trotskistas: la de que estamos viviendo una etapa de desarrollo de las fuerzas productivas bajo el imperialismo. Y Mandel es, efectivamente, un defensor incansable de dicha premisa, aunque no la toma como tal, dado que no la liga a sus inevitables consecuencias económicas y políticas que también plantea y defiende.

También en este terreno, la concepción mandelista es una revisión del trotskismo y el leninismo. Para no abundar en citas, recordaremos solamente estas frases de nuestro *Programa de Transición* :

*"Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Los nuevos inventos y progresos técnicos no conducen a un acrecentamiento de la riqueza material".*

Esto no significa desconocer que existe una tercera revolución industrial. Mandel tiene el mérito intelectual de haber sido uno de los mejores expositores de la existencia e influencia de la tercera revolución industrial. Pero ha parcializado este hecho para cambiar las leyes básicas de la actual etapa, sin comprender sus contradicciones; no ha captado lo que en

verdad ha significado y significa el desarrollo de las fuerzas productivas.

Las fuerzas productivas tomadas en su conjunto, están formadas por tres elementos: los medios de trabajo (cuya fuente esencial es la naturaleza), las herramientas y la técnica, y el hombre. Para Marx, el factor más importante es el hombre; por eso lo calificó de principal fuerza productiva. Podríamos decir que la naturaleza y el hombre son dos polos esenciales del desarrollo de las fuerzas productivas, y la técnica y las herramientas el medio relacionante entre ambos.

El capitalismo en su época de ascenso, provocó un colosal progreso de las fuerzas productivas, justamente porque significó un enriquecimiento total de ellas: mayor dominio de la naturaleza, enorme desarrollo de las máquinas y las técnicas, mayor consumo y enriquecimiento general del hombre y de la sociedad.

El imperialismo ha provocado una contradicción aguda dentro del sistema de las fuerzas productivas: destrucción sistemática de la naturaleza y del hombre, en contraposición a la tercera revolución industrial. El problema ecológico ( que tanto preocupa a los científicos que ven la destrucción de la naturaleza), por un lado, el hambre crónica y las guerras por otro, llevan a una destrucción sistemática, tanto de la naturaleza como del hombre.

## La paradoja de la contrarrevolución imperialista

\* **Moreno, Nahuel**: *Conferencia*, Estrategia Socialista N° 3, Setiembre 1982.

[...]La ley más general que rige en esta época de revolución inminente, y en forma paroxística desde que ella se generalizó a mediados de la década pasada, es la que podríamos llamar la paradoja o efecto contradictorio de la contrarrevolución imperialista. Significa que las contraofensivas y los golpes contrarrevolucionarios no logran efectos aplastantes duraderos y rápidamente producen el resultado contrario de aumentar las contradicciones y agravar la crisis, esto es, avivar la revolución.

La plena vigencia de esta ley es la que interna más y más a la humanidad en la época de la revolución inminente y generalizada.

No es una ley nueva. Hegel la denominó astucia de la razón. El marxismo la utilizó, sobre sus pies, para demostrar que el capitalismo engendraba al proletariado, que es la fuerza que lo destruirá. Lo característico es que la ley fue estudiada por nuestros maestros cuando actuaba en el tiempo, es decir, en un lapso histórico, diacrónicamente. Pero ahora se ha vuelto presente, casi sincrónica. Toda acción de la contrarrevolución se le vuelve en contra rápida, a veces inmediatamente. Esta es una constante de la actual coyuntura internacional y se puede rastrear su vigencia desde la derrota imperialista de Vietnam, y aún antes, aunque actuara más espaciadamente, desde que se abrió la etapa de la revolución inminente, en 1943.

## LA DIRECCION REVOLUCIONARIA

\* **Moreno, Nahuel** [1980]: *Actualización del programa de transición*, Ed. Antídoto, Bs.As., 1990 (p. 10 a 12).

[...] Resumiendo, los dos elementos determinantes de todos los fenómenos contemporáneos, las causas última y

primera, las que determinan, con sus distintas combinaciones, todos los fenómenos, son el ascenso revolucionario de las luchas de la clase obrera y de los pueblos atrasados por un lado, y la crisis de dirección revolucionaria por el otro. Esto último confirma por sí la validez de la Cuarta Internacional.

A partir de la primera guerra imperialista, al iniciarse la época de crisis definitiva del imperialismo y el capitalismo, la época de la revolución socialista, cambian las relaciones causales de los acontecimientos históricos. En relación con las grandes épocas históricas y el desarrollo normal de las sociedades, el marxismo ha sostenido que el hilo rojo que explica todos los fenómenos son los procesos económicos. Pero en una época revolucionaria y de crisis, esta ley general tiene una refracción particular que invierte las relaciones causales, transformando el más subjetivo de los factores -la dirección revolucionaria- en la causa fundamental de todos los otros fenómenos, incluso los económicos. Hasta la primera guerra mundial el proceso económico tenía un carácter predominante y en cambio no tenían mayor importancia los factores subjetivos. La misma lucha de la clase obrera era reformista, porque no atentaba contra el proceso de acumulación capitalista, contra el desarrollo económico capitalista, contra sus leyes, sino a lo sumo significaba una ligera variación al proceso. Por eso fue una época reformista. Pero a partir de la primera guerra mundial ya no es así. Los procesos económicos dejan de ser los determinantes; y el factor subjetivo -la dirección- se convierte en el fundamental. No olvidemos que esto es así porque toda la época está determinada por la lucha revolucionaria de las masas.

La existencia de Marx y Engels en el siglo diecinueve no fue un factor objetivo en el desenlace de ningún proceso histórico. Su existencia no pudo garantizar el triunfo ni evitar las derrotas de la revolución proletaria en el año 1848 ni en la Comuna de París. En cambio, la existencia de Lenin y Trotsky y del Partido Bolchevique pudieron garantizar el triunfo de la revolución de Octubre, mientras que en Alemania la inexistencia de un partido bolchevique y de un Lenin y un Trotsky hizo que no se pudiera garantizar el triunfo de la revolución socialista. De la misma manera, la existencia de direcciones contrarrevolucionarias burocráticas al frente de los grandes partidos socialistas permitió el estallido de la primera guerra mundial.

Una consecuencia histórica fundamental de esta inversión en la línea causal de los acontecimientos históricos se va a reflejar en la dialéctica de triunfos y derrotas del proletariado mundial.

La izquierda socialdemócrata, confiada en el proceso lineal y evolutivo, al comprobar retrocesos y derrotas de éste como consecuencia de la inmadurez del proletariado o de la traición de sus direcciones, formuló una ley marxista, dialéctica, en una bella frase: el camino del proletariado está plagado de derrotas que llevan al triunfo. Señalaban así la dialéctica de derrotas y triunfos, su transformación de unas en otras. Pero la primera guerra mundial, al hacer aparecer con toda crudeza el nuevo factor determinante del proceso histórico -la crisis de dirección revolucionaria del proletariado mundial- estableció una dialéctica invertida de las relaciones entre los triunfos y las derrotas que vale para toda la época que se abre con la primera guerra mundial, y es más actual que nunca. Esta ley la podemos formular de la siguiente manera: mientras el proletariado no supere su crisis de dirección revolucionaria no podrá derrotar al imperialismo mundial y todas sus luchas, como consecuencia de ello, estarán plagadas de triunfos que nos llevarán inevitablemente a derrotas catastróficas. Nada lo demuestra mejor que el boom económico de esta postguerra: su verdadera causa es la traición del stalinismo, que llamó a los obreros occidentales a trabajar más que nunca para el imperialismo.

Mientras los aparatos sigan controlando al movimiento de masas, todo triunfo revolucionario se transforma inevitablemente en derrota. Esto se debe a la relación de los aparatos burocráticos con la movilización permanente de los trabajadores. Toda dirección burocrática saca su fuerza del apoyo directo o indirecto que tiene de los explotadores para que frene la movilización permanente de los trabajadores. Por otra parte, esta movilización es una amenaza mortal para la propia burocracia. De ahí que toda conquista que la burocracia se ve obligada a encabezar es administrada por ésta para frenar la movilización revolucionaria, para detenerla en esa conquista, en ese punto del proceso.

Pero en ésta época revolucionaria todo avance que no es seguido de otro avance significa un retroceso. De ahí que la burocracia con su política de freno por un lado, de defensa de sus privilegios frente a las masas por otro, está obligada a luchar contra la movilización permanente de los trabajadores, a transformar sus triunfos en una derrota de la revolución permanente.

## El papel del partido

\* **Moreno, Nahuel** [1978]: «*La dictadura revolucionaria del proletariado*». Pág. 144 a 147.

Cuando la burguesía llegó al poder era, de hecho, la clase dominante en lo económico y cultural. Por eso, no tuvo necesidad de partidos políticos para lograr el poder, pues se apoyó en el parlamento, la universidad, y su capacidad de controlar la economía. Más aun, logró que sectores religiosos y nobles se pasaran a su lado y consiguió utilizar la movilización de las masas plebeyas en su favor, aburguesando a sectores de la misma. Todo apuntaba a

consolidar su dominio económico y cultural y transferirlo al plano del Estado y la política.

Durante siglos este fortalecimiento evolutivo fue un proceso paralelo al debilitamiento de su enemigo, el feudalismo. Así, esta clase adquirió homogeneidad, fuerza y conciencia de sus intereses. Con la clase obrera ocurre lo contrario. A medida que pasan los años no aumenta su dominio económico y cultural. El sistema monopolista e imperialista, penetrando por los poros de la clase obrera, la corrompe, la aristocratiza y la incorpora, junto con sus direcciones tradicionales, a las instituciones burguesas.

Este veneno penetra por la educación, la prensa escrita, la radio y la televisión.

Aquello que logró la burguesía -poder efectivo antes del gobierno- es inaccesible para la clase obrera. El capitalismo trata de impedir que ella sea cada vez más revolucionaria, consciente de sí misma, de su ubicación en la sociedad. El imperialismo ha logrado impedir el desarrollo de esta conciencia.

Lógicamente, este es un proceso altamente contradictorio, en el cual el capitalismo no logra objetivos hasta donde quisiera, porque del otro lado está la clase obrera con sus movilizaciones y el partido tratando de desarrollar la conciencia revolucionaria. Si no fuera así, no habría posibilidades de revolución obrera. Las contradicciones capitalistas e imperialistas, a nivel mundial, hacen que los trabajadores se movilicen revolucionariamente contra los explotadores en determinados momentos y países. [...] A pesar de esas crisis, la clase obrera sigue siendo muy inferior a la burguesa en cuanto a su nivel cultural y, principalmente, en cuanto a su conciencia. Nada lo refleja mejor que la existencia de multitudinarios partidos reformistas y el apoyo que el proletariado de Estados Unidos da al Partido Demócrata norteamericano. Este proceso contradictorio se manifiesta en las relaciones entre los partidos revolucionarios, reformistas y burgueses.

Por todo lo anterior, el proletariado no puede tomar el poder solo a través de organizaciones o instituciones que lo abarcan de conjunto, lo que sería lo mismo que decir todo el proletariado. Es una clase que está y seguirá estando

dividida en sectores antagónicos durante la toma del poder y aun bajo la dictadura del proletariado. Habrá una minoría consciente del proyecto revolucionario, otros que serán neutrales y también los que seguirán prisioneros de la ideología burguesa o reformista y, por lo tanto, serán contrarrevolucionarios.

Aquella unidad, poderío y dominio que la burguesía tenía antes de tomar el poder, la clase obrera los irá logrando pero después de llegar a él. Siempre que se acerque el momento de la revolución obrera, de la toma del poder y de su dictadura, la clase proletaria y sus partidos se verán desgarrados por tremendas contradicciones y divisiones político-organizativas, como consecuencia del enorme peso de la ideología burguesa que impera en sus filas.

El partido que logre acaudillarla, es el único que puede suplir estas graves rémoras de la clase obrera. Todas las desventajas del proletariado frente a la burguesía son compensadas cuando surge una minoría consciente, férreamente organizada en su partido, que dirija el proceso, combatiendo a los sectores obreros que están contra la revolución y ganando el apoyo o la neutralidad de la mayoría. La clase obrera puede compensar las desventajas que tiene frente a la burguesía si logra un gran desarrollo del factor consciente, subjetivo, es decir, si su vanguardia construye un fuerte y sólido partido marxista revolucionario. Porque «el partido es el arma política suprema» que corporizara «las potencialidades y el futuro de la revolución» (Trotsky, 1930).

## 4 Un vistazo a la historia

El marxismo afirma que la historia es el resultado de la actividad humana, de la actividad consciente y libre de los seres humanos. El marxismo afirma que la historia es el resultado de la actividad humana, de la actividad consciente y libre de los seres humanos. El marxismo afirma que la historia es el resultado de la actividad humana, de la actividad consciente y libre de los seres humanos.

A lo largo de la historia, el marxismo afirma que la historia es el resultado de la actividad humana, de la actividad consciente y libre de los seres humanos. El marxismo afirma que la historia es el resultado de la actividad humana, de la actividad consciente y libre de los seres humanos.

## Citas

**\*Marx, Carlos** [1859]: *Prefacio de la Introducción a la Crítica de la Economía Política*, Editorial Polémica, Bs.As., 1974.

El resultado general a que llegué y que, una vez alcanzado, sirvió de hilo conductor en mis estudios, puede formularse brevemente de la siguiente manera. En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se conmociona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas conmociones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de conmoción por su conciencia. Por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya existen, o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la

solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

**\*Marx, Carlos - Engels, Federico** [1845]: *"La ideología alemana"*, Ed. Pueblos Unidos, Bs.As. 1975 - (Pág. 25 y 26.)

La producción de las ideas y representaciones de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real. Y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico.

Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.

**\*Engels, Federico** [1877]: *Carlos Marx, Obras Escogidas*, Edit. Ciencias del Hombre, 1973, Tomo 7. (Pág. 264/67):

De los muchos e importantes descubrimientos con que Marx ha inscrito su nombre en la historia de la ciencia, sólo dos podemos destacar aquí.

El primero es la revolucionaria concepción de la historia universal. Hasta ahora, toda la concepción de la historia descansaba en el supuesto de que las últimas causas de todas las

transformaciones históricas tenían que buscarse en los cambios que se producen en las ideas de los hombres, y de que de todos los cambios, los más importantes, los que regían toda la historia, eran los políticos. No se preguntaban de dónde sacan los hombres las ideas ni cuáles son las causas motrices de los cambios políticos. Solo en la escuela moderna de los historiadores franceses, y en parte también en la de los ingleses, se había impuesto la convicción de que, por lo menos desde la Edad Media, la causa motriz de la historia europea era la lucha de la burguesía en desarrollo contra la nobleza feudal por el poder social y político. Pues bien, Marx demostró que toda la historia de la humanidad, hasta hoy, es una historia de luchas de clases, que todas las luchas políticas, tan variadas y complejas, sólo giran en torno del poder social y político de una u otra clase social; por parte de las clases viejas, para conservar el poder, y por parte de las ascendentes clases nuevas, para conquistarlo. Ahora bien, ¿qué es lo que hace nacer y existir a estas clases? Las condiciones materiales, concretas, en que la sociedad de una época dada produce y cambia lo necesario para su sustento [...].

Por primera vez se erigía la historia sobre su verdadera base; el hecho palpable, pero totalmente desapercibido hasta entonces, de que el hombre necesita primero comer, beber, tener un techo y vestirse, y por lo tanto, trabajar, antes de estar en condiciones de luchar por el poder, hacer política, religión, filosofía, etc.; este hecho palpable, pasaba a ocupar, por fin, el lugar histórico que por derecho le correspondía [...].

El segundo descubrimiento importante de Marx consiste en haber puesto definitivamente en claro la relación entre el capital y el trabajo; en otros términos, el haber demostrado cómo se realiza en la sociedad actual, con el modo de producción capitalista, la explotación del obrero por el capitalista. Desde que la economía política sentó la tesis de que el trabajo es la fuente de toda riqueza y de todo valor, era inevitable esta pregunta: ¿cómo se concilia esto con el hecho de que el obrero no perciba la suma total de valor creada por su trabajo, sino que tenga que ceder una parte de ella al capitalista? Tanto los economistas burgueses como los socialistas se esforzaban por dar a esta pregunta una contestación científica sólida; pero en vano, hasta que por fin apareció Marx con la solución. Esta solución es la siguiente: el actual modo de producción capitalista tiene como premisa la existencia de dos clases sociales: por una parte, los capitalistas, que poseen los medios de producción y de sustento, y por otra parte, los proletarios, que como no poseen medios de producción y sustento, sólo tienen una mercancía que vender: su fuerza de trabajo, la mercancía que, por lo tanto, no tienen más remedio que vender para poder adquirir los medios de sustento más indispensables. Pero el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario invertido en su producción, y también, por lo tanto en su reproducción; por consiguiente, el valor de la fuerza de trabajo de un hombre medio durante un día, un mes, un año, se determina por la cantidad de trabajo plasmada en la cantidad de medios de vida necesarios para el sustento de esta fuerza de trabajo durante un día, un mes o un año. Supongamos que los medios de vida para un día exigen 6 horas de trabajo para su producción o, lo que es lo mismo, que el trabajo contenido en ellos representa una cantidad de trabajo de seis horas; en este caso el valor de la fuerza de trabajo durante un día se expresará en una suma de dinero en la que se plasmen también seis horas de trabajo. Supongamos, además, que el capitalista para el que trabaja nuestro obrero le paga esta suma, es decir, el valor íntegro de su fuerza de trabajo. Ahora bien, si el obrero trabaja seis horas del día para el capitalista, habrá reembolsado a éste íntegramente su desembolso: seis horas de trabajo por seis horas de trabajo. Claro está que de este modo no quedaría nada para el capitalista; por eso éste concibe el problema

de modo completamente distinto. Yo, dice él, no he comprado la fuerza de trabajo de este obrero por seis horas, sino por un día completo. Por consiguiente, hace que el obrero trabaje según las circunstancias, 8, 10, 12, 14 y más horas, de tal modo que el producto de la séptima, de la octava y siguientes horas es el producto de un trabajo no retribuido, que, por el momento, se embolsa el capitalista. Por donde el obrero al servicio del capitalista no se limita a reponer el valor de su fuerza de trabajo, que se le paga, sino que, además crea una *plusvalía* que, por el momento, se apropia el capitalista y que luego se reparte según determinadas leyes económicas entre toda la clase capitalista. Esta plusvalía forma el fondo básico del que emanan la renta del suelo, la ganancia, la acumulación de capital; en una palabra, todas las riquezas consumidas o acumuladas por las clases que no trabajan. De este modo, se comprobó que el enriquecimiento de los actuales capitalistas consiste en la apropiación del trabajo ajeno no retribuido, ni más ni menos que el de los esclavistas o el de los señores feudales, que explotaban el trabajo de los siervos, y que todas estas formas de explotación sólo se diferencian por el distinto modo de apropiarse el trabajo no pagado. Y con esto, se quitaba la base de todas esas retóricas hipócritas de las clases poseedoras de que bajo el orden social vigente reinan el derecho y la justicia, la igualdad de derechos y deberes y la armonía general de intereses. Y la sociedad burguesa actual se desenmascaraba, no menos que las anteriores, como un establecimiento grandioso montado para la explotación de la inmensa mayoría del pueblo por una minoría insignificante y cada vez más reducida.

Estos dos importantes hechos sirven de base al socialismo moderno, al socialismo científico [...].

\* **Federico Engels**, *Prefacio a la Edición inglesa de 1888 del "Manifiesto Comunista"* Ed. Pluma, Bs.As. 1974 . Pág. 41 y 42.)

Aunque el *Manifiesto* es nuestra obra común, considérome obligado a señalar que la tesis fundamental, el núcleo del mismo, pertenece a Marx. Esta tesis afirma que en cada época histórica el modo predominante de producción económica y de cambio y la organización social que de él se deriva necesariamente, forman la base sobre la cual se levanta, y la única que explica, la historia política e intelectual de dicha época; que, por tanto (después de la disolución de la sociedad gentilicia primitiva con su propiedad comunal de la tierra), toda la historia de la humanidad ha sido una historia de lucha de clases, de lucha entre explotadores y explotados, entre clases dominantes y clases oprimidas; que la historia de esas luchas de clases es una serie de evoluciones, que ha alcanzado en el presente un grado tal de desarrollo en que la clase explotada y oprimida -el proletariado- no puede ya emanciparse del yugo de la clase explotadora y dominante -la burguesía- sin emancipar al mismo tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de toda explotación, opresión, división en clases y lucha de clases.

\* **C. Marx** (1846-47), *Miseria de la Filosofía*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú. (Pág. 105-106)

Las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al adquirir nuevas fuerzas productivas los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; el molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales.



\* **Engels, Federico:** *Carta a J. Bloch (21-9-1890)*, Obras Escogidas, Edit. Ciencias del Hombre, 1973, Tomo 8. (Pág. 379-81).

Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante de la historia es en última instancia la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca otra cosa que esto; por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero en el curso del desarrollo histórico de la lucha, ejercen influencia también, y en muchos casos prevalecen en la determinación de su forma, diversos elementos de la superestructura: formas políticas de la lucha de clase y sus resultados, es decir, las constituciones impuestas por la clase triunfante después de su victoria, etc., las formas jurídicas, e incluso el reflejo de todas estas batallas reales en el cerebro de quienes participaron en ellas, las teorías políticas, jurídicas y filosóficas, las convicciones religiosas y su evolución posterior, hasta convertirse en un sistema de dogmas. Hay una interacción de todos esos elementos, dentro de la interminable multitud de accidentes (es decir, de cosas y hechos cuyo vínculo interno es tan lejano o tan imposible de demostrar que lo consideramos como inexistentes y que podemos despreciarlos), el movimiento económico termina por hacerse valer como necesario. Si no fuese así, la aplicación de la teoría a cualquier período de la historia que se elija sería más fácil que la solución de una simple ecuación de primer grado.

[...]

Yo le pediría a usted que estudiase más a fondo esta teoría en sus fuentes originales y no en fuentes de segunda mano; es verdaderamente muchos más fácil. Marx apenas escribió cosa alguna en que esta teoría no desempeñase un papel. Pero en especial *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* es un excelentísimo ejemplo de su aplicación. También hay muchas alusiones en *El Capital*. Además, me permito indicarle mis escritos: *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring* y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, donde he hecho la exposición más detallada del materialismo histórico que, por lo que yo sepa, existe.

Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia que la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios, quienes lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos que participan en la interacción. Pero cuando se trata de presentar un trozo de la historia, esto es, de una aplicación práctica, el problema es diferente y no hay error posible. Sin embargo, desgraciadamente sucede demasiado a menudo que la gente cree haber comprendido perfectamente una teoría y cree poder aplicarla sin más desde el momento en que ha asimilado sus principios fundamentales, y aun estos no siempre correctamente. Y no puedo librar de este reproche a muchos de los más recientes "marxistas", porque también de este lado han salido las basuras más asombrosas.

\* **Lenin, V.I.:** *"Sobre la juventud"* (1903), Ed. Anteo, Bs.As. 1961 - (Pág. 101 y 102):

Los estudiantes [...] son la parte más sensible de la intelectualidad, la cual se llama precisamente así porque refleja y expresa del modo más conciente, más decidido y más preciso el

desarrollo de los intereses de clase y de las agrupaciones políticas en toda la sociedad. Los estudiantes no serían lo que son si su modo de agruparse políticamente no se hallara en consonancia con la división en grupos políticos de la sociedad toda; "consonancia" no entendida en el sentido de la plena proporcionalidad de los grupos estudiantiles y sociales en cuanto a la fuerza y el número, sino en el sentido de que entre los estudiantes tienen que darse, necesaria e ineludiblemente, los mismos grupos que existen en la sociedad.

\* **Trotsky, Leon:** *"¿Qué fue la Revolución Rusa?"*, (Conferencia pronunciada el 27/11/32 en Copenhague, Dinamarca). En *Lecciones de Octubre*. Yunque, Bs. As., 1975, pág. 82 y 93/4.

El partido revolucionario es la condensación de lo más selecto de la clase avanzada. Sin un partido capaz de orientarse en las circunstancias, de apreciar la marcha y el ritmo de los acontecimientos y de conquistar a tiempo la confianza de las masas, la victoria de la revolución proletaria es imposible. [...]

Sin la insurrección armada del 25 de octubre de 1917, el Estado soviético [la URSS] no existiría. Pero la insurrección no vino del cielo. Para el triunfo de la Revolución de Octubre eran necesarias una serie de premisas históricas:

1. La podredumbre de las viejas clases dominantes, de la nobleza, de la monarquía, de la burocracia.
  2. La debilidad política de la burguesía, que no tenía ninguna raíz en las masas populares.
  3. El carácter revolucionario de la cuestión agraria.
  4. El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas.
  5. El peso social del proletariado.
- A estas premisas orgánicas hay que agregar ciertas condiciones de coyuntura de excepcional importancia:
6. La de 1905 [en Rusia] fue una gran lección, o, según Lenin, un «ensayo general» de la revolución de 1917. Los soviets, como forma de organización irremplazable de frente único proletario en la revolución, fueron organizados por primera vez en 1905.
  7. La guerra imperialista agudizó todas las contradicciones, arrancó a las masas atrasadas de su estado de inmovilidad preparando el carácter grandioso de la catástrofe.

Pero todas estas condiciones, que eran suficientes para que estallara la revolución, resultaban, sin embargo, insuficientes para asegurar la victoria del proletariado en la revolución. Para esta victoria todavía faltaba una octava condición: el Partido Bolchevique.

Si yo enumero esta condición en último lugar de la serie sólo es porque así corresponde a la consecuencia lógica, y no, ni mucho menos, porque atribuya al Partido el lugar menos importante. No; estoy muy lejos de tal pensamiento. La burguesía liberal puede tomar el poder, y lo ha tomado muchas veces, como resultado de luchas en las cuales no había participado: para ello posee órganos de aprehensión magníficamente desarrollados. Sin embargo, las masas laboriosas se encuentran en otra situación. Se las ha acostumbrado a dar y no a tomar. Trabajan pacientemente, esperan, pierden la paciencia, se sublevan, combaten, mueren, dan la victoria a otros, son traicionadas, caen en el desaliento, se someten, vuelven a trabajar. Así es la historia de las masas populares bajo todos los regímenes. Para tomar con

seguridad y firmeza el poder, el proletariado tiene necesidad de un partido superior a todos los demás en claridad de pensamiento y en decisión revolucionaria.

\* **Trotsky, León** [1928]: *"Stalin, el gran organizador de derrotas"* - Ed. El Yunque, Bs.As. 1974 - (Pág. 150 a 153).

¿A qué hemos asistido en Europa, en el curso de las últimas décadas que precedieron a la guerra? En el dominio económico, a una poderosa progresión de las fuerzas productivas a través de las oscilaciones "normales" de la coyuntura de la situación industrial. En el de la política, al crecimiento de la socialdemocracia, sufriendo zigzags de orden secundario, en detrimento del liberalismo y de la "democracia". En otros términos: a un proceso metódico en el cual se agravaban las contradicciones económicas y políticas; en ese sentido, se creaban las premisas de la revolución proletaria.

¿Frente a qué nos encontramos en Europa después de la guerra? En economía: aitos y bajos irregulares, convulsiones de la producción que gravitan, en general, a pesar de los grandes procesos de la técnica en ciertos ramos, en torno al nivel de antes de la guerra. En política: oscilaciones furiosas de la situación a izquierda y a derecha. Es absolutamente evidente que los bruscos cambios que se operan en esta situación en el curso de uno, dos o

tres años están determinados no por modificaciones de los factores fundamentales de la economía, sino por causas e impulsos que provienen estrictamente del dominio de la superestructura, simbolizando así la inestabilidad suma de todo el sistema, cuyos cimientos carcomen las contradicciones incompatibles.

[...] El rol del factor subjetivo puede quedar completamente subordinado durante la época de la evolución orgánica lenta, cuando nacen justamente los diversos proverbios de la gradualidad: "quien mucho corre, pronto para", "nadie está obligado a hacer más de lo que puede", etc., que reflejan la sabiduría de la táctica de la época de crecimiento orgánico, que no puede soportar que se "salten las etapas". En tanto que, cuando las premisas objetivas están maduras, la clave de todo el proceso histórico pasa a manos del factor subjetivo, es decir, del partido. El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo la sugestión de la época pasada, se inclina siempre a menospreciar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de su dirección. Esto se hace sentir en las discusiones que se produjeron acerca de las lecciones del octubre alemán (en 1923), del comité anglo-ruso (en 1926) y de la revolución china (en 1927). En todas esas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista siguió una línea política que contaba directamente con las "masas" y, por consiguiente, olvidaba los problemas de la dirección revolucionaria. Esta manera de abordar la cuestión, en general, falsa desde el punto de vista teórico, es particularmente funesta durante la época imperialista.